

Accidente en la Gran Fache

Mikel Benito

«Hace año y medio un amigo maravilloso murió en el Atlas. Poco antes —él estaba también en aquella ocasión— tres personas estuvimos a punto de perder la vida en la Gran Facha... Me preocupa el incremento que los accidentes están tomando y cómo cada vez se hacen más cercanos en el espacio y en el corazón. Y lo que me fastidia del caso es la medida en que los accidentes son previsibles y evitables.

Por eso escribo estas líneas ahora, a casi tres años de lo acontecido. Pretendo ser sincero y sobre todo crítico. En aquella ocasión hubo errores concretos que posibilitaron y agravaron el accidente... Por eso voy a utilizar sobre todo los factores subjetivos del accidente, pero sin olvidar el gran factor objetivo que no tuvimos en cuenta: la hora y el mal tiempo a tres mil metros en invierno...».

Hay nubes en la cima invernal de la Gran Facha (3.005 m.). Estamos a 7 de Enero de 1977. **Son las tres de la tarde.**

Imanol y yo pensamos que podríamos hacer cima o al menos intentarlo antes de anochecer. Solo un intento, nos dijimos.

Javi y Jesús no lo ven claro y nos aconsejan descender con ellos. Quedamos en el collado y ellos descienden. **Ma'te, que hace su primera salida invernal** decide venir con nosotros. Estamos enardecidos. Le hablo a Imanol de llevar una mochila con los plumones. Dice que no. Y yo le hago caso. Nos sentimos seguros. Muchas veces hemos trepado en invierno. Tenemos experiencia (pensamos). **Insisto en lo de los plumones, pero ni siquiera soy capaz de sacar el mío de la mochila.**

Iniciamos el ascenso. **Guardamos nuestras mochilas tras unas rocas** del comienzo de la arista.

La arista Norte, la vía normal, es fácil. En verano es un camino más o menos inclinado. Ahora es distinto. Vamos por el filo de una

arista de mediana inclinación. Atravesamos una zona mixta sin problema. Empiezo a preocuparme de la bajada. Pienso en la dificultad que ésta va a entrañar en la chica que viene con nosotros. Tendremos que tomar algún corredor de la vertiente Oeste. La niebla nos envuelve y el viento, racheado, nos golpea.

No sé qué piensan los otros. **Yo sigo preocupado por el descenso, pero no digo nada.** Incluso pienso en el vivac y en los tres dándonos calor en la nieve. Llegamos a la cima tras superar un área de bloques de granito y nieve. Gran satisfacción. Fotos. Nunca las veríamos. Enorme amistad. Hace frío. Son las cinco de la tarde.

La cima había ejercido sobre nosotros una especie de atracción irresistible. El sol se destapa por el ojo de una nube. Satisfacción y miedo al descenso.

Todavía hay luz aquí, pero la bajada va a ser jodida.

Nos apresuramos e iniciamos el descenso «ensemble». Tomamos un corredor no muy incli-



Gran Facha desde la vertiente que da a Baissellance. Los tres accidentados.

nado que da al circo de Piedrafita. Pensamos que este recorrido, cubierto de niebla, va a ser más rápido y seguro.

Voy en cabeza, pero **me exaspera la lentitud de Maite. No debía haber venido.** Imanol presta mucha atención al seguro. No es muy partidario de esta vía, pero logro convencerle.

Maite va en medio, con su paso corto. **Yo estoy excesivamente seguro de mí y le digo que se toma muchas preocupaciones.**

La pala no es excesivamente inclinada, pero la nieve está blanda sobre una capa de nieve helada. Pienso que no va a ser difícil llegar desde aquí al collado de la Facha (2.664 m.), realizando una travesía hacia la derecha.

De repente, Maite pasa junto a mí. Sorpresa. **No tengo tiempo siquiera de darme cuenta de lo que ocurre. El tirón me arranca el piolet** y voy tras ella. Esperanza. Imanol nos detendrá. Pero cuando los metros de cuerda que nos unen a él se tensan, somos tres los que resbalamos por un torbellino de blanco; niebla, roca y gritos.

Oigo perfectamente gritar a Maite. Veo su rostro crispado. Seguimos cayendo. De repente un tirón. El largo de cuerda que les une a ellos dos se ha trabado en un bloque de roca. Ambos cuelgan cara con cara. Imanol está inconsciente.

Siento la detención, pero sufro una inmensa angustia al ver que mi cuerpo no se detiene. La cuerda, tensa, se ha cortado limpiamente en el granito. No hay tiempo. Solo un continuo rodar,

chocar, resbalar y caer. Lo demás se anula. No veo. Es todo demasiado rápido y sorprendente. No siento dolor. Me detengo de repente. Cuelgo en un diedro rocoso. La cuerda se ha trabado en una fisura vertical. Me duele todo. Pienso que tengo huesos rotos pero esto carece de importancia. La niebla me lleva por su tobogán. Toco la roca con mis botas. Bajo los pies, un canal de nieve que se pierde en la oscuridad. A la izquierda, roca tapizada de verglas.

Todavía no sé cómo, pero logro quitarme los anillos de cuerda y todo lo que me molesta. Dejo allí todo. Ya en este momento tenía los hombros dislocados, pero un poderoso instinto de supervivencia me decía internamente: ¡tengo que salir de aquí!

Pretendo salir por la roca tapizada. Resbalo. Sigo cayendo. Todo queda arriba: los amigos, la comida, la linterna, la cuerda...

Boto, reboto. Deseo fervientemente acabar aquello. No sentía mientras caía miedo de morir bruscamente. No siento siquiera los golpes de palanca de mis brazos salidos. Quiero acabar de caer, pero no encuentro el bloque deseado.

En la caída, la extrañeza era el sentimiento dominante.

Estoy hundido en una cornisa de nieve. El viento hiela los sentidos. Me duele todo el cuerpo. El miedo, la sorpresa, lo increíble de una eterna caída en segundos me dominan. Estoy atterradoramente solo. Empiezo a gritar

*Gran Facha desde la
Presa de Bachimala
en el verano de 1977.
Vertiente de Piedrafita.*



nombres que se traga la niebla y la noche que cae. Pienso que mis amigos han muerto. Pienso que yo también voy a morir allí estúpidamente. De frío y de dolor. Grito desesperadamente durante tiempo. No hay respuesta. Veo a mis padres en una imagen.

Escarbo la nieve con una rodilla, la derecha. Un buen agujero y el frío será menor. Me siento atormentadoramente inválido. No alcanzo la barbilla con mis manos. Los brazos me duelen desde la nuca hasta los dedos. Me duele el pecho al respirar y siento mi culo dolorido. El tobillo se hincha bajo la bota. Estoy borracho de impotencia y de amargura. Más que el viento me araña el silencio terrible a una llamada.

Al fin mi voz tiene una respuesta. Es Imanol que en esos momentos trata de descolgar a Maite, pues tiene una pierna rota. Me grita que todo está bien. Nace la esperanza. Pienso que soy el único que está mal. Tengo miedo de que no me encuentren.

Aunque la nieve reverbera ligeramente, no se ve nada. Procuero hacerme una idea de dónde estoy. He pegado un salto desde las rocas superiores hasta esta cornisa. Pienso que es un milagro contarlo. Desde aquí la nieve sigue su caída hacia la noche. Intento imaginar dónde están mis amigos, pero no me hago una idea.

Me ha parecido oír gritar a Maite. Me angustio. No quiero perder el contacto con Imanol. Me aterroriza la idea de que no me encuentren.

La nieve se hiela más y más. Gracias a los gritos, Imanol me encuentra. Viene solo. Está deplorable con el canguro roto y tan solo el mango del piolet.

Me dice que Maite se ha quedado más arriba en una repisa. Y que está bien. Ella le ha tenido que despertar y explicarle lo que ocurría, pues él tenía un golpe fuerte en la cabeza.

Me encuentro tan aturdido que no comprendo la estratagema hasta un buen rato después. La ha dejado asegurada con la cuerda, pero ella tiene la pierna rota. Hay que bajar como sea. El abre huella de cara a la pendiente, sujetándose con el mango del piolet roto. Es una línea que se pierde. Está un poco atontado y le duele la mano. Hay inclinación. Me esfuerzo por meter mis pies en sus escalones. Me desgarran el tobillo. Es como una madre. Me lamento a cada instante y me caigo tres veces. El me detiene desde abajo con sus brazos, con su cuerpo cercano.

Después hacemos una travesía horizontal. Estoy aterrorizado. Temo resbalar y no poder hacer nada. Llegamos.

Es la roca donde hemos guardado el material. Algo de valor incalculable en estos momentos.

Entre el sonido del viento me parece oír gritos. Imanol sabe que Maite está herida y que es su dolor y el miedo lo que la hacen gritar. Pero a mí me dice que es el viento, aunque no me lo puede ocultar por más tiempo.



Maite Garagarza en el vivac por la mañana.

En la pendiente hace una repisa. Me quita las botas y me mete en un saco de plumas con dificultad, pues mis brazos salidos no entran. Me pone como puede el plumífero y envuelve mis piernas en un plástico para aislarme de la nieve. Tiene que darse mucha prisa, pues Maite está sin saco y hay que sacarla de allí. Tiene que ser terrible lo que ella vivió.

Se marcha. Nos despedimos con un ¿hasta cuándo? Hasta pronto. Siento miedo de caer y no parar. Pienso con seguridad que va a ser muy difícil salir de aquí. Es de noche. Imanol se golpeó en la cabeza, tiene un dedo roto y lo más importante, no conoce la zona de Piedrafita. Ha de llegar al refugio donde nuestros dos amigos se encuentran. Hay mucha niebla y es probable que sus huellas se hayan borrado. Largas horas de espera. Incertidumbre. Oigo gritar a Maite. Le contesto pero ella no oirá mi voz, increméntándose su aislamiento. ¡Animo! ¡Aguanta!

Me duele mucho el cuello y los brazos. Siento en varios puntos los latidos de un nervio. Todavía no tengo frío. El saco, nuevo, calienta mis ropas húmedas. Pero lo que me hiela el alma son los aullidos de Maite.

Afortunadamente sopla un fuerte viento que se lleva las nubes y la niebla. La luna en su menguante reciente ilumina con mil brillos el circo. Gozo de un lugar privilegiado de visión de las montañas. Pero esta vez no gozaré mucho con ello.

Gracias al repentino cambio Imanol logra llegar al refugio. Tambaleándose comunica lo ocurrido y se derrumba.

Desde el refugio salen tres montañeros para

ayudarnos. Vienen con esquís. Otros bajan a Sallent para llamar un helicóptero. Después de 7-8 horas de nuestra caída, ambos tenemos anónimos auxiliadores. El mío es Takofo, que estuvo toda la noche junto a mí dándome grandes dosis de calor humano y esperanza. Desde mi frío yo le oía tiritar en el vivac.

Estábamos salvados.

Maite estaba muy grave. A la fractura del fémur, los efectos congeladores del brutal frío que tuvo que soportar sin saco (pies gravemente congelados y manos más ligeramente congeladas), había que añadir la dificultad de su descenso. Estaba situada en un lugar muy accidentado y fue toda una hazaña su evacuación.

Estábamos salvados. Voces humanas. Estábamos salvados.

Con el riesgo y esfuerzo de mucha buena gente, a las 18 y 24 horas respectivamente, nos sacaron de aquel lugar en un helicóptero del S.A.R. que tuvo que venir con su dotación **desde Madrid**, según creo.

Una vez más la solidaridad de las personas y su desinteresado y anónimo esfuerzo, había salvado dos vidas. La gente de la montaña, ella misma en sus distintas facetas, nos dio su afecto y ayuda en unos momentos excepcionales. Y esto es... inexpressable.

Poco antes yo mismo sustentaba (de una forma ideal) la opinión de que el lugar más hermoso para morir era la montaña. Y sigo escuchando estos pareceres.

Ahora opino que lo realmente hermoso es la vida. Y que una de las cosas más vivas de la existencia es... la montaña.